



La primera instrucción contra viento y marea: Juan Mackenna pagó los libros y el profesor ganó \$1.500 al día

El superintendente de la repoblación reabrió en 1798 la escuela iniciada por su antecesor, César Balbiani, que estaba cerrada por falta de un pedagogo. Sin embargo, los niños y jóvenes no asistían a clases. Debió hacer un trabajo puerta a puerta con los colonos para incentivarlos a que enviasen a sus hijos al establecimiento educacional.



RICARDO BECERRA INOSTROZA, SOCIEDAD HISTÓRICA Y PATRIMONIAL DE OSORNO.



EN LA IMAGEN SE OBSERVA UN EDIFICIO PÚBLICO FRENTE A LA PLAZA, CONSTRUIDO BAJO EL MANDATO DEL SUPERINTENDENTE JUAN MACKENNA.

Para el año 1797, el censo poblacional de la renaciente villa de Osorno arrojó como resultado 829 habitantes, donde el 40% estaba integrado por párvulos, niños y adolescentes.

Esto motivó al superintendente Juan Mackenna O'Reilly a realizar las gestiones pertinentes para abrir las puertas de la escuela pública construida en el período de su antecesor, César Balbiani, y que se encontraba cerrada por la falta de un pedagogo.

El vecino Alonso Oyarzún se ofreció para cumplir tan importante labor educativa en la villa de Osorno, quien poseía las condiciones vocacionales para asumir la dirección de la escuela y entregarles asistencia pedagógica a los hijos de los colonos repobladores. Al año siguiente inició sus actividades la escuela y en sus primeras semanas de funcionamiento la asistencia fue escasísima.

Entre las razones que explican ese ausentismo escolar estaba el que los padres consideraban irrelevante la instrucción e ilustración de sus hijos, quienes a temprana edad ya se vinculaban a las actividades laborales. Se agregaba también que "la escuela no fue una política de la monarquía".¹

Una demostración de ello

fueron los censos poblacionales efectuados en 1771 y 1778, donde no se entregó ningún antecedente cuantitativo de la situación educacional en el Reino de Chile: "...no era un dato necesario, como lo fue para ningún censo europeo ni americano hasta mediados del siglo siguiente. Sencillamente no era una descripción, porque no eran un atributo relevante para los grandes poderes".²

Ante esa indefensión y despreocupación por lo educacional, las iniciativas en ese ámbito más bien surgían por la perseverancia y tenacidad de los vecinos, religiosos o excepcionalmente de alguna autoridad.

Es por eso que Juan Mackenna O'Reilly y Alonso Oyarzún se armaron de mucha paciencia y entereza para revertir esa compleja realidad. Y como una manera de aumentar la presencia de niños y adolescentes, concurrían personalmente a las casas de los vecinos para incentivarlos que enviasen a sus hijos a la escuela.

El ayuntamiento -hoy municipalidad- se responsabilizó

de pagar los libros, que más bien eran cartillas de las materias que se les impartía a los alumnos.

En repetidas oportunidades Juan Mackenna, de su propio bolsillo, costó el material educativo y la manutención del local, cuando el ayuntamiento quedaba sin fondos destinados para la escuela.

En cuanto a Alonso Oyarzún, se le cancelaba un honorario de tres reales diarios, que en nuestra moneda hacia 2024 equivale a \$1.500 al día. Si consideramos que un arriendo o alquiler de una propiedad en esos años era de 120 reales aproximadamente, el sueldo que se le asignaba al maestro era muy exiguo.

Alonso Oyarzún, lejos de sentirse desanimado por las bajas rentas que percibía, demostró que su verdadera motivación era "por amor al arte... de educar".

LA PIEDRA FUNDACIONAL

En los registros históricos de Osorno se establece que en 1776 se inició su refundación,

obra impulsada por el entonces gobernador de Chile, Ambrosio O'Higgins. Fue tanto su interés por esa empresa refundadora, que al viajar a Osorno trajo consigo una cantidad apreciable de cabezas de ganado provenientes de su hacienda Las Canteras, con el fin de incentivar la actividad pecuaria en esta zona.

La Corona Española, en mérito a los múltiples servicios y esfuerzos desplegados en su repoblación, confirió a Ambrosio O'Higgins el título nobiliario de Marqués de Osorno. Posteriormente, en su calidad de Virrey del Perú, O'Higgins decretó en 1798 que Osorno dependiera política y administrativamente del Virreinato del Perú, con la posibilidad de enviar colonos irlandeses y peruanos. Para perpetuar aquella refundación, el ahora Marqués de Osorno ordenó grabar una preciosa piedra granítica.

En las páginas del periódico El Damas se lee: "Como el Barón de Ballenar -título de nobleza que ostentaba Ambrosio O'Higgins- había pensado hacer

su viaje a repoblar las ruinas de Osorno en el año 1794, mandó a grabar en ese tiempo una preciosa piedra con la inscripción del mes y año de la repoblación, la orden (sic) de S. M. para proceder a ella y el nombre del repoblador, la que trajo consigo en el citado año de 1795".³

Esa piedra fundacional, fue ubicada en la Plaza Mayor y tiempo después fue trasladada al frontis de la cárcel pública ubicada en esos años al costado de la Plaza Mayor. En el año 1862, ese edificio sufrió un voraz incendio y la piedra se quebró en varias partes.

El trozo más grande fue recogido por el Alcalde y muchos vecinos aplaudieron su gesto, pensando que la conservaría por su gran valor histórico y posteriormente entregarla al municipio local. Sin embargo, mayúscula fue la sorpresa de todos cuando se comprobó que el referido Alcalde utilizaba la histórica piedra para afilar cuchillos. Aún más, vendía los segmentos de ésta a los vecinos.

El entonces virrey del Perú,

Ambrosio O'Higgins no se hubiese imaginado alguna vez que parte de esta preciosa piedra, que trajo personalmente, sería utilizada para tan doméstica finalidad.

NO EXISTE ENEMIGO CHICO

Al parecer, los roedores siempre han causado más de algún estrago en las zonas urbanas y rurales. En 1796, la villa de Osorno fue abruptamente invadida por una plaga de ratones. Después de hacer de las suyas en el sector rural, arrasando con cuánta siembra de cereales, trigo, maíz y papas encontraban en su camino, aparecieron en la villa de Osorno.

Esta situación provocó la consabida preocupación y pánico en el vecindario, especialmente en la población femenina. Estos roedores no respetaron despensas, salones, colchones y almohadas, quitando el sueño a los osorninos.

Fue tal el desaliento de entonces gobernador César Balbiani, al comprobar la magnitud de la catástrofe, que estimó imposible alguna esperanza de recuperación económica, especialmente en el rubro agrícola.

A ese deprimente panorama se le agregó al ya desconcertado y abrumado gobernador Balbiani, los insistentes ruegos de su esposa que por varias semanas no pegaba pestañada a causa de los roedores. Finalmente, César Balbiani decidió renunciar al cargo de gobernador de Osorno, comprobándose aquella moraleja que "no existe enemigo chico".⁴

1. *Historia de la Educación en Chile (1810-1880) Tomo I. Autores Sol Serrano, Macarena Ponce de León, Francisca Rengifo. Editorial Taurus. Año 2012. Pág. 50.*

2. *Ob. Cit. Pág. 51*

3. *El Damas. Viernes 18 de abril de 1884. N°105. Pág. 2.*